

BRUNO FITTE Y JUAN MANUEL UNZAGA

Este lado del río

Relatos del Valle de Luracatao: ciencia y saberes andinos



edulp

Debates

Este lado del río

Relatos del Valle de Luracatao: ciencia y saberes andinos

Este lado del río

**Relatos del Valle de Luracatao:
ciencia y saberes andinos**

BRUNO FITTE Y JUAN MANUEL UNZAGA



Fitte, Bruno

Este lado del río : relatos del Valle de Luracatao : ciencia y saberes andinos / Bruno Fitte ; Juan Manuel Unzaga. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6568-70-0

I. Ciencias Naturales. I. Unzaga, Juan Manuel II. Título
CDD 501

Este lado del río

Relatos del Valle de Luracatao: ciencia y saberes andinos

Bruno Fitte y Juan Manuel Unzaga

Dibujos de María Hortencia Casimiro, Gianlucas Lautaro Isaías Casimiro,
Andrea Dellarupe y Cristina Cecilia Scattolini



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-631-6568-70-0

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2025 - Edulp

Impreso en Argentina

A cada comunidad del Valle,
a su gente, a sus paisajes.
A su memoria, su sonrisa y su entereza.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas las personas del Valle de Luracatao, por ser hogar y familia. Gracias a Claudio, a la Maga, a la asociación civil Red Valles de Altura y al personal de la Agencia de Extensión Rural de Seclantás del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (AER-INTA).

Gracias a Paula, por ser el puente entre la universidad y el valle.

Gracias a nuestros compañeros de equipo, que son parte esencial: Cari, Lauri, Kevin, Andre, Ro.

Gracias a Daniel Fitte, por la asesoría en relación al material visual.

Gracias al Laboratorio de Inmunoparasitología (LAINPA), al Centro de Estudios Parasitológicos y de Vectores (CEPAVE), a la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y al INTA, por brindarnos los recursos para formarnos y para poder llevar adelante este proyecto. Gracias a la Dirección de Promoción de la Cultura Científica de la UNLP por darnos la oportunidad de materializar esta experiencia, nos da mucha alegría.

Gracias a la educación pública y a la ciencia popular, por ser nuestra casa, y por enseñarnos día a día lo mucho que vale la pena cuidarlas y defenderlas.

Índice

Palabras previas.....	9
1.....	20
2.....	21
3.....	23
4.....	24
5.....	26
6.....	26
7.....	27
8.....	31
9.....	32
10.....	33
11.....	35
12.....	36
13.....	37
14.....	38
15.....	39
16.....	40
17.....	42
18.....	44
19.....	46
20.....	47
21.....	49
22.....	50
23.....	52
24.....	61
25.....	62
26.....	63

27.....	64
28.....	66
29.....	67
30.....	69
31.....	70
32.....	72
33.....	73
34.....	74
35.....	76
36.....	77
37.....	78
38.....	80

“Y ella miraba al cabrito y el cabrito la miraba
y entonces le venían ganas de llorar
Es como yo
decía
un poco triste y un poco alegre
Y después la iluminó una gran sonrisa
y la lluvia comenzó a caer”

Jacques Prévert

Durante el reparto territorial de Sudamérica, se trazaron los límites que hoy definen a los Estados. Un trazado bastante arbitrario, que derivó en la amplia diversidad cultural que presentan los países; diversidad que en la mayoría de los casos quedó aplastada y atrapada bajo un esquema que sigue apelando como modelo al eurocentrismo (y hoy también al norteamericanismo). Dentro de esta lógica, hay muchos rasgos culturales que son permanentemente estigmatizados, o directamente invisibilizados. Algunos ejemplos son las diferentes dinámicas económicas-productivas, las perspectivas y prácticas ligadas a la salud, y los engranajes sociales-vinculares y simbólicos-espirituales.

Como sociedad, tenemos la deuda y la responsabilidad de involucrarnos en acciones que busquen desnaturalizar este escenario. Para eso es necesario hacer el ejercicio de historizar, es decir, explorar y entender los contextos bajo los cuales se fue moldeando este presente. Ahondar en el por qué estamos como estamos. Un buen camino es el de tejer puentes interculturales, de escucha y acción colectiva, para conocer y crecer a través del encuentro de diversas formas de vincularnos entre personas y con el resto del planeta; y también -y no menos importante-, para desarmar la romantización que existe sobre determinados rasgos culturales y que sirven como vías implícitas de sometimiento.

Las historias que aquí presentamos son un intento de un poco de esto y un poco de lo otro y están basadas en el compartir de inquie-

tudes, perspectivas, deseos y penurias. Suceden en el Valle de Luracatao, que forma parte de los Valles Calchaquíes Salteños de Argentina. Son el resultado de una experiencia que une a las comunidades del Valle con la ciudad de La Plata y su Universidad, en la provincia de Buenos Aires, y que tiene como eje transversal un concepto multifacético, complejo y dinámico: la salud.

Para situar a las historias, sus paisajes y sus personajes, creemos necesario hacer una breve descripción de la región. Para eso recuperamos una caracterización que forma parte de la tesis de maestría de Paula Olaizola, donde ella nos cuenta:

El Valle de Luracatao forma parte de los Valles Calchaquíes, y está ubicado en la provincia de Salta, Argentina. Para acceder al Valle, hay que tomar un camino vecinal desde el pueblo de Seclantás, el cual se encuentra a unos 160 km de la ciudad de Salta. El Valle tiene una extensión aproximada de 300.000 hectáreas, con el río Luracatao atravesándolo en toda su longitud de norte a sur, y con diferentes afluentes de vertientes y arroyos que en su recorrido lo nutren. El paisaje es accidentado y montañoso, con un camino sinuoso que conecta a las 11 comunidades que allí habitan, con un total aproximado de 2100 habitantes. De norte a sur, aquí las comunidades: Cóndor Huasi, Alumbre, La Sala, Buena Esperanza, Churquio, Cabrería, Patapampa, Cieneguilla, Cuchiyaco, Aguadita y la Laguna. Además, en el centro del valle se encuentra el poblado de La Puerta; y al lado con la comunidad de la Sala, el casco de la finca de Luracatao. En las comunidades, las viviendas son en su mayoría de adobe, sin revoque, con techo de caña y piso de tierra. Tienen dos o tres habitaciones por hogar, en donde viven un promedio de seis habitantes por familia, frecuentemente conviviendo dos a tres generaciones. Las familias poseen predios no mayores a 4-6 hectáreas donde realizan sus ac-

tividades productivas que son destinadas básicamente para el autoconsumo doméstico a partir del trabajo familiar, y la generación de un excedente que se destina al mercado local. La agricultura se realiza en su totalidad bajo riego, por lo que la ubicación de los predios se encuentra cerca de los oasis de agua. Entre los cultivos más importantes se encuentran distintas variedades de maíz, papa andina, zapallos, hortalizas de hoja, tomate, cebolla, algo de vid, etc. La ganadería menor es extensiva, con pastoreo en los cerros, y complementa la alimentación con alfalfares que se siembran en pequeñas parcelas llamadas rastrojos. Los rebaños son en su mayoría mixtos (cabras y ovejas), de raza criolla con alta rusticidad pero poca productividad, por lo que se tiende a tener muchos animales para garantizar mínimamente el autoconsumo. El manejo de los rebaños está íntegramente a cargo de las mujeres y los niños y niñas de las familias. Ellas son las pastoras, atienden las pariciones y las crías. Las pequeñas majadas de ovejas y cabras son fundamentales para la dieta familiar ya que son la única fuente de aporte de proteínas. Algunas familias cuentan con tropas de ganado bovino. Los mismos de raza criolla, también tienen un manejo de tipo extensivo, pastoreando en los cerros durante la mayor parte del año. Durante los meses de abril y mayo son “bajados” del cerro para la vacunación, marcada, etc. El ganado constituye la mayor reserva de capital, y el estatus social depende muchas veces del tamaño de la hacienda. En lo que respecta a la actividad artesanal, los hombres en su mayoría son excelentes teleros, confeccionan telas de altísima calidad como el barracán y picote; las mujeres entre sus actividades diarias se encargan del hilado totalmente artesanal, utilizando para tal fin técnicas y herramientas ancestrales como la puchicana.

En cuanto al régimen de tenencia de la tierra, desde el año 2005, a partir de un convenio entre el propietario de la finca Luracatao, Enrique López Lecube y el gobierno de la provincia de Salta representado en ese momento por el gobernador Juan Carlos Romero, se le otorga los títulos de propiedad de la tierra sobre los arriendos de cada una de las familias que habitan este Valle, quedando en manos de López Lecube, grandes potreros productivos, la laguna de Brealito y el casco de la finca. El régimen de distribución de agua queda pactado según “usos y costumbres”, donde el ex patrón concentra la totalidad del agua de riego en represas de su propiedad, para luego distribuirla por turnados. De esta manera si bien son entregados los arriendos a las familias, no existen modificaciones en función de la distribución histórica del agua, por lo que está muy condicionado el potencial productivo de las familias, así como se ve seriamente limitada la posibilidad de aumentar tierras cultivables para la instalación de nuevas familias en el valle de Luracatao (2010)¹.

El origen del vínculo entre las comunidades del Valle y la UNLP se puede encontrar en las inquietudes surgidas de las agricultoras y agricultores campesinos de Luracatao, que tenían que ver con sus prácticas productivas y la salud de sus animales². Entonces, a partir

1 Para acceder a la tesis completa, consultar a Olaizola, P. (2010). Prácticas económicas solidarias y su influencia en la transformación del campus social campesino. Valle de Luracatao, provincia de Salta (Tesis de Magister PLIDER. Universidad Nacional de La Plata, Laboratorio Agriteris, La Plata)

2 El grupo del Valle de Luracatao / Seclantás está representado por la Comisión Zonal Alto Valle Calchaquí, la cual pertenece a la asociación civil Red Valles de Altura, que está integrada por representantes de organizaciones campesinas como la CUM (Comunidades Unidas de Molinos) y pequeños productores ganaderos pertenecientes a los Departamentos de Molinos, Cachi y La Poma. Estos productores, en conjunto con la AER Seclantás del INTA coordinan de forma autónoma la campaña de vacunación anti-aftosa, mediante una articulación con el equipo técnico de la Oficina Local del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA-Salta). La campaña de vacunación se ejecuta de manera exitosa desde el año 2005, e incluye también la detección de brucelosis bovina. En el marco de esta campaña

de la articulación de las comunidades con la Agencia de Extensión Rural (AER) de Seclantás del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y con el antecedente de un proyecto de extensión UNLP, se logró el contacto con nuestro grupo de trabajo³. Así fue que se planteó la idea de formar un espacio de intercambio y actividades conjuntas, que en principio estuvieron pensadas para discutir sobre enfermedades parasitarias de preocupación regional y herramientas técnicas para el diagnóstico y la prevención.

Debido a la pandemia de Covid-19, tuvimos que recurrir a la virtualidad, que al menos permitió una primera ida y vuelta. Luego sucedió, inevitable y paulatinamente, lo que tanto anhelábamos: los barbijos empezaron a quedar en los cajones y el mate pudo de nuevo recorrer las rondas. Se abrieron los aeropuertos y las escuelas y entonces se pudo materializar al fin el encuentro. Desde aquel momento siguieron muchos viajes, reuniones, talleres, prácticas, desayunos, celebraciones. Lo que empezó como un entrenamiento técnico se ramificó y caló profundo en nuestras historias. Lo que surgió a partir del primer día en el Valle de Luracatao y a lo largo de los años siguientes, son la génesis de estos relatos.

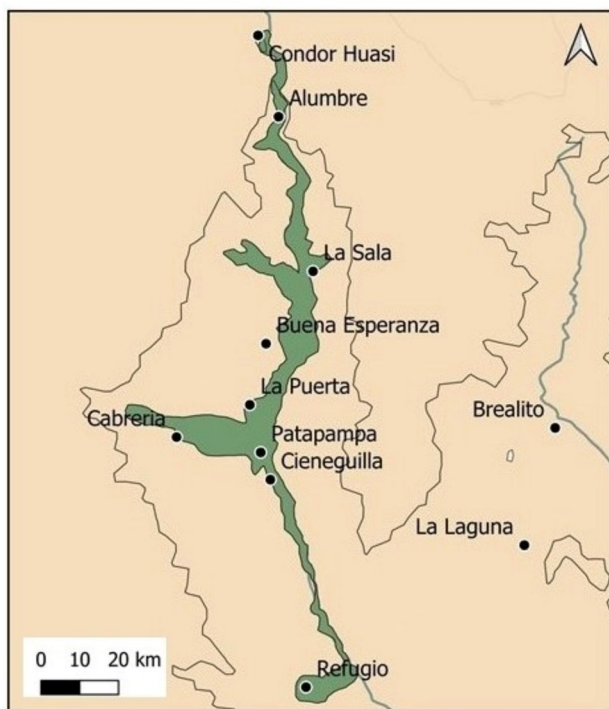
y como una estrategia de abordaje territorial, se capacita y acredita a para-técnicos veterinarios de las comunidades de base, que anualmente se encargan de planificar y ejecutar la campaña en las áreas más recónditas del Alto Valle. Los para-técnicos veterinarios, además de realizar estas campañas en muchas de sus comunidades, implementan acciones con relación a la salud animal, que les permite fortalecer su oficio en el territorio.

3 El grupo de La Plata está integrado por docentes-investigadores del Laboratorio de Inmunoparasitología (LAINPA) de la Facultad de Ciencias Veterinarias (UNLP), y del Centro de Estudios Parasitológicos y de Vectores (CEPAVE), perteneciente a la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP) y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). El LAINPA es un laboratorio de estudios parasitológicos, inmunológicos, moleculares y epidemiológicos de parásitos de importancia sanitaria en animales y Salud Pública. El CEPAVE es un centro de referencia en investigación científica sobre especies parásitas, vectores de enfermedades y plagas de importancia sanitaria, socio-económica y agrícola. Los dos espacios trabajan de manera articulada y complementaria desde hace más de diez años, participando en proyectos sobre parasitosis con implicancia en salud desde una perspectiva integral. Además de las actividades específicas de diagnóstico y análisis parasitológico, el grupo desarrolla propuestas que se enfocan en la comunicación de la ciencia y el trabajo colectivo con la comunidad.

Como ya se mencionó anteriormente, estas historias tienen como eje transversal a la salud, con toda la ambigüedad que este concepto incluye. Es así que la encontraremos en varias de sus facetas y posibilidades, en su cara hegemónica y en su cara invisible. Aparecerá también, por momentos, embebida en el Sumak Kawsay, con su cercana traducción al castellano “Buen Vivir o Vivir Bien”, porque desde nuestra perspectiva de salud, pareciera que una cosa es inherente a la otra, casi como un sinónimo⁴.

Ahora sí, queda hecha la invitación para salir a caminar por este entramado de memorias y sentipensares. Un paseo bajo los cielos del Valle de Luracatao, donde en verano baja furioso el río, para volverse un vestigio en invierno. Sobre los suelos calchaquíes de cardones milenarios, de dioses y diosas, de cabras y bichos. Entre los brazos de los cerros, que son el resguardo incansable de una parte importante de nuestra historia que escucha, habla, camina y resiste.

4 El Buen Vivir o Vivir Bien (traducción castellana de Sumak Kawsay - Suma Qamaña - Teko Pora) nació en América latina desde los pueblos originarios. Valora la familia, la comunidad, las necesidades vitales como la alimentación y la salud, así como las oportunidades laborales y educativas y las condiciones de vida, es decir, la vida en plenitud. Estas diferentes expresiones hacen referencia a toda la comunidad, no se trata del tradicional bien común reducido o limitado sólo a los humanos, abarca todo cuanto existe, preservando fundamentalmente el equilibrio y la armonía. Aunque con distintas denominaciones según cada lengua, contexto y forma de relación, los pueblos originarios denotan un profundo respeto por todas las formas de existencia en la Madre Tierra, Madre Selva, Pachamama o Qutamama. Todos los pueblos en su cosmovisión contemplan aspectos comunes sobre el vivir bien que sintetizan en: “Vivir bien es la vida en plenitud. Saber vivir en armonía y equilibrio; en armonía con los ciclos de la Madre Tierra, del cosmos, de la vida y de la historia, y en equilibrio con toda forma de existencia en permanente respeto”.



Referencias

- Ciudad de Salta
- Provincia de Salta
- Comunidades del Valle de Luracatao
- Área de montaña
- Valle de Luracatao
- Aguas continentales
- Vegetación

Imagen: localización del Valle de Luracatao.

Hay una sensación que aparece en los cuerpos de quienes no estamos acostumbrados a la cotidianeidad de un valle: es una sensación de ansiedad gustosa, que emana como cosquilleo, y que dura lo que dura el perezoso trepar del sol por las laderas. Mientras tanto, uno puede sentir el cambio en el ritmo del aire, el clarear de las piedras y la evaporación repentina de las estrellas. El olor de la mañana es muy diferente al de la noche.

Por supuesto que esta ansiedad no es una sensación que Elvira experimentara. Ella había nacido en Luracatao, al igual que su madre, su padre, sus abuelos y sus hijos. Ni bien resonaban entre los pastos los primeros trinos de los zorzaes, Elvira se despertaba y saltaba de la cama. Revivía al fuego que aún resistía aletargado dentro del brasero de hierro. Cargaba la pava por la mitad, porque era muy grande y llena tardaba demasiado en calentarse. La colocaba sobre el brasero e iba a prepararse para iniciar la jornada. Estando en Cabrería, yo intentaba con todas mis fuerzas levantarme bien temprano, pero jamás lograba llegar al comedor antes que Elvira. Ella siempre nos estaba esperando con el mate, que allá se toma en taza, mientras que nosotros lo preferimos cebado. Puedo aún sentir el olor a queso de cabra, fresco y con el sabor intenso y algo ácido, acompañado por unas rodajas de pan casero. No sin disfrutarlo, este pequeño primer ritual siempre tenía

que ser atravesado con cierta ligereza: había que respetar la primera salida a pastorear.

Disfrutaba mucho de acompañar a Elvira a pastorear, y verla, junto a sus perros, arriar decenas de animales por entre los espinillos y el polvo del suelo seco de noviembre. En cada salida me rebrotaban en la memoria los cantos con caja, esos que se cantan a voz desnuda durante las festividades de mayo en todo Luracatao. Caminando hacia abajo y hacia arriba, entre las enormes rocas y los angostísimos hilos de agua dulce, Elvira siempre buscaba el mejor alimento para las cabras y los cabritos.

En algún que otro pastoreo teníamos que cambiar el rumbo de forma abrupta. Significaba que nos estábamos acercando demasiado a las inmediaciones de un área que estaba totalmente prohibida: El Antigal -*ahí no las dejamos ir a las cabras*- me decía Elvira en cierto susurro, como temiendo ser escuchada. -*Ya son muchos los animales muertos o enfermos después de ir a pastar encima del Antigal. Ahí mejor no llevar a las pobres cabras, que después vuelven medias chuñas o se le mueren los cabritos de repente*-. Los perros bien lo sabían y les prohibían con determinación el avance hacia esa zona, pero las cabras parecían olvidarlo en cada pastoreo. Eso me hacía pensar en las teorías sobre la memoria de los animales ¿Eran las cabras tan desmemoriadas o algo las arrastraba hacia allá?

En cuanto a mí, desde que Elvira había mencionado por primera vez al Antigal, no había podido dejar de pensar en él ¿Me había dado miedo, curiosidad, o era pura incredulidad? Sin poder descifrarlo y quizás por eso, decidí una tarde, antes de la cena, caminar hasta ahí.

Anduve un rato entre las pendientes, intentando reconstruir el camino del pastoreo, hasta que pude reconocer el lugar señalado por Elvira. Me acerqué, con una timidez extraña, como pidiendo permiso. No había nada en el paisaje que pudiera dar un indicio de frontera entre El Antigal y lo de afuera. Todo era piedras y pastos devenidos amarillos por la falta de agua. No había árboles de ningún tipo en esa porción de superficie, ni siquiera el rastro de algún ave revoloteando.

Había una calma que - ahora entiendo - hablaba por sí sola. Me quedé quieto, en un estado de petrificación involuntaria, porque algo de esa atmósfera me lo pidió, como haciéndome saber que estaba en el lugar que había ido a buscar. Mi respiración comenzó a alterarse y entendí que ya no tenía ningún control sobre ella, ni sobre ningún rincón de mi cuerpo. No sé cuánto tiempo pasó hasta que pude, resignado, quitarle la atención a mi estado de agitación. Tal vez unos segundos, tal vez horas. El sol cayó entre los cerros tan súbitamente que, cuando pude advertirlo, la penumbra me abrazó por detrás. Escuchaba ahora a mi corazón batirse a toda velocidad, golpeándome el pecho desde adentro, tal vez intentando agujerearme para poder escapar hacia algún otro lugar. Sentí el frío más frío que se pueda sentir, agarrándome los tobillos y las muñecas. El frío era una cadena y yo un cautivo de las historias enterradas en El Antigal. Había algo flotando, un grito agudo, tenía forma y era más punzante que las espinas de los cardones. Suponía ser noche de luna, pero la luna no estaba, o no la veía, o se habría deshecho de vergüenza al presenciar mi sacrilegio. Me sentí enfermo de culpa y comencé a llorar. Lloré, lloré con el pecho abierto y envuelto en una congoja de esas que entrecortan la respiración. Cayeron sobre la espalda del Antigal mis lágrimas desesperadas ¿Pero a quién, a qué le lloraban? ¿Lloraba yo o lloraban otros a través de mis ojos? Me desplomé. Hundí mi cara en la tierra, y ya no sabía si habían pasado días o años. Apreté mis falanges contra el pasto seco y me retorcí porque algo adentro me dolía. Era algo más interno que los órganos y los huesos. Quería salir corriendo, pero ya no podía arrepentirme porque mis pies se habían clavado al polvo, los sentía hundirse, los sentía hundirse. Lo último que recuerdo antes de cerrar los ojos, fue la quietud. Me estaba cayendo hacia lo más adentro del Valle, estaba más oscuro de lo que jamás hubiera imaginado a la muerte y, sin embargo, la quietud.

Sentí de repente que algo me agarraba el hombro, era una mano, estaba seguro. Se aferraba a mi hombro de manera intensa pero con benevolencia. Reconocí o tal vez imploré en ella una sensación ma-

ternal. Ese simple gesto, esa esperanza, me ayudó a luchar contra la fuerza que me tragaba y logré apenas girarme. Era Elvira, estaba ahí, esbozando una pequeña sonrisa. Me arropó entre sus brazos, el polvo y las piedras se transformaron en sus piernas, en su regazo. Me tapó el pecho, ahí justo en la zona en donde estaba por estallar mi corazón, me lo tapó con una mantita. Por detrás de ella, empezaba a asomar el sol perezoso, era ella todo el valle que despertaba para un nuevo día. Y yo estaba a salvo, entre los brazos de Elvira y el silencio del Antigal – *Tranquilo, querido. Está bien* – me dijo – *A las cabritas les pasa lo mismo.*

A la mañana temprano, a la hora del mate cebado, cuando estamos solos, o a la hora del mate en taza, cuando estamos todos, el aire está fresco. Tan fresco está que los pulmones se nos sorprenden, quedan repletos sin estarlo. El aire fresco pesa distinto y llega más abajo, tanto que los pulmones ocupan más lugar. Se han alargado sin saberlo. Se han ensanchado sin quererlo. Pasa que no es una decisión posible de tomar por ellos, no hay nada que elegir, es así, está dado. Pasa que, a la mañana temprano, el aire está fresco.

Rosa tiene que bajar desde su casa y cruzar el río para llegar media hora antes del timbre. Por suerte, salvo en verano, para atravesarlo no hace falta más que un puente hecho de troncos y piedras. Rosa es una mujer amable e introvertida, que en la escuela de La Sala prepara un mate cocido y unos almuerzos para chuparse los dedos. Aunque todavía está medio oscuro, Rosa sabe el camino tan de memoria, que hasta podría hacerlo con los ojos vendados. Camina cerro abajo y los bichos no se esconden, como sí lo hacen con el resto de la gente. La saludan y le desean buenos días: ahí el zorro le tira un beso, le cuenta las buenas nuevas el verdón, la llama le ofrece un aventón y hasta el puma le chista desde arriba. Rosa solía sonrojarse ante tantos traviesos cumplidos, pero ahora, ya en confianza, les retruca los piropos o les dice algunos de sus versos. Porque Rosa por las noches escribe con un trazo impecable, desde que su hijo se fue a trabajar al tabaco y ella necesitó hablarle a través de la poesía.

Muy cada tanto el patrón lo deja al hijo hacerse una escapada a visitar a su familia. Durante esos días, Rosa es como una flor que flota entre las pendientes. Él le cuenta de la vida allá y algunos chismes de sus compañeros, ocultándole los detalles no tan detalles del trabajo en la tabacalera. Ella se divierte, esos días no escribe. Lo ve algo cansado, pero no dice nada. Le prepara mate cocido y sus almuerzos preferidos.

El día que se va el hijo, Rosa se queda afuera, mirando un largo rato en dirección a la tabacalera. Algo brota de sus ojos y en ese único momento Rosa se deja abrazar por la tristeza. Luego se va adentro: el zorro, el verdón, la llama y el puma están en su casa. Ella no se sorprende, ya es rutina. Le hacen compañía mientras Rosa le saca punta al lápiz.

El cardón y el pájaro carpintero son amigos, lo son desde cuando eran chiquitos y el cardón no tenía espinas que la vida le enseñó a tener, para que su amigo el pájaro carpintero no haga de las suyas.

Francisco es el nietito de Plácido y ya va casi para cuatro. Está de berrinche en berrinche, pero nadie le pide un poco de silencio. Al contrario, pareciera que hacen todo lo posible para que no deje ni de preguntar, ni de rezongar, ni de reír a carcajadas.

Es que Francisco no hablaba, estaba calladito desde que nació, eso nos contó Plácido. Todos pensaban con tristeza que quizás nunca hablaría el niño, que sería alguna enfermedad o mal de esos que vienen con la herencia. Intentaron de todo para curarlo, pero no había caso. Y no hubo caso hasta que Bianca, la prima de Plácido que vive en Córdor Huasi, le comentó sobre un tratamiento antiguo que se solía utilizar allá, en lo más alto de los cerros. Y Plácido nos contó:

-Apareció un día, sola, yo creo que porque veníamos pidiendo y esperando mucho. Llegó volando y se paró justo ahí, encima del corral del caballo ¡Era enorme para ser calandria! Y nos estaba avisando, con ese cántico filoso de las calandrias, que era ella la que venía a curar a Francisco-

Allá, bien arriba, en donde el cielo se junta con los cerros calchaquies, a los niños que nacen con la voz apagada se los cura con el corazón fresco de una calandria. Por eso ese día rezaron y al corazón lo mezclaron con un poco de maíz. Usaron una pequeña cuchara de madera, para no contaminarlo con el frío del metal.

A las dos semanas, Francisco empezó a decir sus primeras palabras, con una claridad imposible, como si las hubiera aprendido hace rato, como si hubieran estado anhelantes las sílabas esperando brotar de entre sus labios. Ahora ya dice hasta oraciones largas – *Este va a ser cantor, don Plácido* - le comentan sus familiares y amistades.

Será quizás niño cantor, niño calandria, que le cante a sus vacas mientras las lleve hacia la cima de los cerros. Quizás le cante al león para que deje tranquilo a los animales que tanto trabajo dan. Quizás le cante al patrón para enseñarle que el agua vale más que todo.

Quizás cante, niño brotecito de los valles, de la montaña para el mundo, a través del río, a través del aire. Para que se detengan las máquinas y contemplemos la vida desde su garganta pájara.

Si me tiro en la tierra panza arriba, veo verdevalle, veo transparente y veo marróntierra al mismo nivel. Pero si subo mis ojos veo marróncerro, veo verdecerro o veo blancocerro. Y si subo más aún veo azulcelestevale, veo amarillosol, veo azulnegrointenso y veo brillanteestrella dependiendo de los tiempos en que veo.

A don Julio lo sentaron en la silla que tenía una pata rota y eso hacía que le costara mantenerse quieto. Parecía un vaivén, que iba y venía de un lado para el otro, pero no sólo por la bendita pata faltante, sino también por sus propios nervios. El patrón lo había mandado a llamar y a sentar, y eso significaba algún tipo de interrogatorio que por lo general no era provechoso para nadie excepto para las propias inquietudes del patrón.

Don Julio era una de las primeras personas que se empezaban a negar a pagar el yerbaje, ese porcentaje que se le debía de entregar al patrón, y que era algo así como el 5 % de las ovejas y/o cabras, y el 10 % de las vacas - ¿Cómo podía ser eso justo, si su familia estaba ahí desde antes que el río? - Don Julio se preguntaba y en su cabeza empezaba a tomar forma la rebeldía, y eso, por supuesto, no gustaba nada en el entorno del dueño de Luracatao. Por eso, una tarde, el patrón en persona apareció en la casa de don Julio, acompañado de otros dos muchachos. Lo sentaron y le dijeron que venían a resolver el tema de la deuda. Mientras don Julio se tambaleaba en la silla con el patrón en frente, los dos muchachos recorrían el corral, evaluando posibilidades de cobro del yerbaje más los intereses. Pero cuando vieron lo que vieron, se olvidaron por completo de lo que habían ido a hacer. Se quedaron por un momento petrificados, como descreyendo a sus propios ojos. Se miraron entre ellos algunas

veces para comprobar que el otro también estaba siendo testigo de la misma escena. Moviéndose con total soltura en el corral, caminando en cuatro patas e imitando al balido de las cabras, había una niña. Ella ni siquiera los miraba y se mostraba en total armonía con el resto de los animales, aferrándose a las tetas de una de las cabras cada vez que se le presentaba la oportunidad. Tenía la piel curtida por el sol y cabello oscuro que le bajaba pegado a su frente y su espalda. En sus ojos y en la forma en que movía su cabeza había algo no humano. Pero aun así, no había duda de que era una niña. Cuando lograron reaccionar, los muchachos llamaron al patrón a los gritos para mostrarle esta aberración, dejando solo a don Julio, que ya se imaginaba la causa del alboroto.

Don Julio juró que la niña había aparecido un día, de la nada, sin mensaje ni pista alguna. Contó sobre las miles de veces que él mismo había recorrido las casas vecinas preguntando si alguien la conocía. También contó cómo había intentado alimentar y arropar a esa muchachita que parecía haber florecido mágicamente de entre el cabrerío. La honestidad y la congoja con la que don Julio relataba los sucesos era difícil de cuestionar. ¡Las veces que la nena se había escapado y vuelto a aparecer entre las cabras! Don Julio confesó que un día, ya resignado, dejó que la niña se quedara en el corral y que se alimentara de la leche de los animales y del pasto; ella parecía estar contenta con eso. Pero había una particularidad que mantenía a don Julio en el asombro total: la niña se había quedado siempre niña, siempre igual. Habían pasado varios años, y no había rastro en ella del transcurso del tiempo. Además del desconcierto, en el relato de don Julio se podía percibir un cierto cariño, una especie de vínculo construido a partir del extrañamiento y la aceptación.

Pero, ¿cómo podía ser que aparezca una persona de la nada y que actúe como si fuera una cabra? ¡y que nunca crezca! La historia no parecía convencer a nadie más que a don Julio, que con su propio temblor estaba por quebrar otra de las patas de la silla. Al ver que la indagación no podía ir más lejos ni tomar otra dirección, lo que el

patrón decidió para saldar la deuda fue llevarse a tres ovejas y a dos vacas, que serían minuciosamente seleccionadas por sus hombres. Más, como hombre culto y moral que se sabía, el patrón tampoco podía permitir que una niña viva así entre animales, teniendo él la posibilidad y los recursos para regresarla a los hábitos de una persona normal. Así que decidió, como parte del pago de los intereses, también llevarse a la niña cabra. Don Julio no dijo nada, ni se paró de la silla cuando los tres hombres abandonaron su casa.

Una vez en la finca, el patrón les encomendó a las criadas - que también eran mujeres del valle - bañar y vestir a la niña. Las mujeres intentaron esconder la sorpresa de encontrarse frente a frente con la niña cabra, de quien por supuesto ya habían escuchado hablar. De hecho, todos los habitantes del Valle habían escuchado alguna vez la historia de don Julio y la niña cabra, pero esas historias no llegaban a los entornos del patrón. La niña se sometió en silencio, miraba a las mujeres sin gesto y sin apremio. Cuando la llevaron frente al patrón, este les comunicó que en principio la niña sería un buen atractivo para sus visitas, ya que no era para nada común, y menos en la ciudad, encontrarse con este tipo de criaturas. Le destinó una habitación que luego tuvo que ir cambiando hasta finalmente instalarla en una de las de afuera, porque el disturbio que ocasionaban sus casi constantes balidos, cuando la dejaban sola, era insoportable.

El tiempo pasó, con la niña ahí, en su habitación de afuera. Ella no usaba la cama ni el baño, y seguía moviendo su cabeza y sus ojos de una forma poco humana. Tampoco parecía crecer. Nadie en la finca se esforzó en intentar cambiarle estas costumbres, las criadas por temor y el patrón por interés, porque la niña cabra se había vuelto un destino famoso para turistas interesados en experiencias exóticas. A la niña ni siquiera le pusieron nombre, pero sí un precio de exhibición que aumentaba en los periodos de temporada alta, y el eslogan “Mitad niña mitad cabra, no te pierdas al fenómeno más increíble del Valle de Luracatao”.

Allá arriba, don Julio vivió algún tiempo más, pero se murió sin llegar a atestiguar el día en que finalmente se dejaron de pagar los yerbajes. Él los siguió pagando en tiempo y forma para evitar otra visita del patrón. A don Julio se le paró el corazón una mañana, mientras miraba en dirección a su corral, desde la silla a la cual le había arreglado la pata, a través de la puerta entreabierta de su casa. Mientras se moría, don Julio pensaba en la niña cabra. Se iba muriendo en soledad pero tranquilo, porque en la casa del patrón, ella seguro había podido vivir, y capaz crecer, más contenta.

Teresa camina y ríe, lo hace a la vez, para Teresa caminar y reír no son dos acciones distintas, y en su doble acción cuenta y dice, y ¡cómo lo dice! Me dice que ella vio a su abuelo detenerse en el camino y sacarse el sombrero cuando pasaba el patrón, y me dice que ella se preguntaba por qué lo hacía, aún durante el yerbaje, aun cuando nada se debía por el yerbaje, aun cuando sus abuelos y sus tíos firmaron, sin más, las escrituras de las tierras que estaban a la otra orilla del río. Teresa se pregunta cómo puede ser, si ella y su familia son de esta orilla del río, si la casa de su abuela era la de su bisabuela y la de su tatarabuela y la de otra mujer aún más años atrás, que Teresa no recuerda. Teresa me dice que ella les dijo que eran unos tontos, que cómo habían firmado, si era tan claro que las únicas huellas en la tierra de la tierra de este lado del río eran las de su abuela, y las de su bisabuela y las de su tatarabuela y las de tantas otras mujeres de muchos más años atrás, que Teresa no recuerda.

Un cóndor se posiciona, está a punto de desplegar su estrategia calchaquí. Se acerca lo suficiente al suelo como para que los animales se sientan amenazados. Cualquiera se sentiría así ante tal tamaño, el máximo entre los seres vivientes voladores. Como una avioneta en vuelo acrobático dibuja formas incomprensibles, se despistan los terneros y, cuando menos lo esperan, las madres se encuentran dispersas, alejadas de sus crías. En ese momento el cóndor fija sus ojos y comienza un vuelo en picada, en línea recta, por detrás del ternero que corre despavorido, pero que ya se ha quedado sin chances de supervivencia. El cóndor demuestra la eficacia. Una táctica endémica, la excepción del carroñero. Luego vuelve a su casa, perforando al cielo, planeando al ritmo de las nubes. Se posiciona, despliega su estrategia de Dios.

Se dice que los ríos del cerro son mansos durante gran parte del año porque no quieren malgastar la esencia de Juan Calchaquí que ellos mismos conservan. La reservan para esos casos inigualables en los que sólo la fuerza de Juan podría cambiar y salvar la situación. A veces, los pies arrastran tanta tierra seca, las cabras levantan tanto polvo, que es imposible pensar que alguna vez, desde esas mismas tierras, la papa pudo crecer enterrada en sus entrañas o las habas asomarse arrastradas por el valle. A veces, cuando la desigualdad es cruel y astuta, es imposible pensar en lo posible. Entonces, en esas veces, la respuesta a toda pregunta es Juan, su esencia y su sangre. Cuando ya no se puede más, cuando su presencia es indispensable como el aire puro del cerro, entonces, ahí baja él con toda su fuerza y a toda velocidad. Casi que no avisa, sorprende, y lo hace a propósito, es la única forma. Es un rato no más, como una muestra pequeña para saber que hay otras posibilidades, y que esas posibilidades no dependen de la mano del amo que determina si la energía del agua va a una acequia o a la otra. Lo decide él en soledad, sus aguas rojas de energía bajan de la misma manera para todos. Seguramente, es su enseñanza para no abandonar la lucha, es su presente desde aquel pasado de amistad y de confianza con el español que luego se rompió. Pero es suficiente, porque es constante y certero, viene en todas las lluvias para que sea visto por todas las generaciones. Pareciera que no se conforma con

que su existencia se cuente de boca en boca, con que la esperada tradición de los cuentos contados por los abuelos a sus nietos se reproduzca una vez más. Entonces, todos los años y a la misma época se presenta estruendoso y enérgico, imponiendo el respeto que se tiene al que se sabe inevitable. Juan, su energía y su sangre, utiliza en el medio vital la oportunidad de contar su historia. Insiste, sabe que no es suficiente, que la naturaleza del hombre y la necesidad del olvido atentan contra toda memoria que evita la repetición.

Recuerdo a doña Emilia como una reminiscencia de algún tiempo lejano, pero que es también ahora. La veo nítida, con su sonrisa enorme que hace remolinos de sus pocas arrugas. Lleva un sombrero de mimbre que es pura elegancia, con flores bordadas y un pañuelo azul en la base de la corona. También unas zapatillas deportivas que la ayudan a maniobrar con mayor facilidad sobre el relieve accidentado. Va y viene con los baldes de leche, de su casa al corral, del corral a su casa. Como la época de lluvia está próxima pero aún no ha llegado, los pastos son pocos y, por ende, la leche es escasa. *Cuando es verano tengo que empezar el ordeño antes del sol*, se la puede escuchar contándole a los aislados visitantes. Desde afuera se la puede ver, sentada en su banquito de palos y cueros, replicando sus pócimas entre salmueras y cuajos. Primero uno, después el otro. *Cuando se hace gelatina, hay que ponerlo al sol*. Los cinchones son moldes de mimbre, como su sombrero. Los quesos terminan siendo enormes, como su sonrisa.

Hacer el queso es para Emilia como respirar. Es un acto completo de rebeldía en tiempos de fugacidad y desmemorias. La veo y me envuelve de repente inevitable, esa frescura y esa acidez, pura brujería andina. Doña Emilia está entre las páginas del valle, como un secreto de las jarillas, un poco haciendo el queso, y otro poco salvándonos.

Hay un vaivén de las aguas que, a poco tiempo, cuando se separa el suero, logra que se forme la masa. Emilia lo hace y lo habla, y mientras nos cuenta cómo, mágicamente, aparece el principio de lo que será. Si no hubiera estado ahí, hubiese sostenido que era imposible. Pero no, ahora que veo el baile de sus manos, me doy cuenta que hay certeza en sus movimientos, que hay un conocimiento intrínseco a eso. Tan real es, que frente a mis ojos ya está listo el queso que una cabra, sin quererlo, y que Emilia, profundamente sabiéndolo, nos invita a comer acurrucados en el huequito de la roca que lleva al ojo profundo del agua termal en lo alto del cerro.

La hoja de coca es una hoja, mágica y vapuleada hoja. Se hace un bollito y se mete entre las muelas y el cachete. Larga su jugo que a cualquiera lo mantiene alerta y a salvo de los coletazos de la puna. Es también un amuleto, un presagio de un año fértil. Un fruto de la Pacha y una ofrenda para la Pacha.

Pero la hoja de coca también es un bicho, mágico y escurridizo bicho. Desde el agua se mete en un caracol miniatura. Allí crece y le nace una cola. Para escaparse y nadar libremente por los arroyos, al pobre caracol lo agujerea. Cuando percibe que la cola se le está por caer, se va a las ciénagas, que son las partes mansas del agua. Se hace bollito y se pega al berro, sabe que de ahí comen y beben las vacas. Si tiene la suerte de ser comido (vaya suerte corajuda), se va metiendo por dentro de la vaca hasta llegar a los pasadizos del hígado. Se instala y pone sus huevos, y de paso a la vaca le embroma la existencia.

Con la caca de la vaca saldrán los huevos, y de ahí al agua, y de ahí al caracol y al berro. Las vueltas mismas de la vida. Como la hoja, que nace de la Pacha y es ofrenda para la Pacha. Como nosotros, que a veces somos hoja, a veces bicho, y a veces también caracol.

Como todo río de montaña baja rápido y zigzagueante abriéndose paso a como dé lugar. Toca las piedras, roza las plantas y baña a los caracoles que hacen posible a la hoja de coca. El sonido verdadero que provoca es invisible para todos los que lo escuchan por primera vez. Pareciera que no, pero a pesar de ser intrépido el río es tímido. Eso sí, para los que ya conocen su por qué, para los que ya la tierra ha tocado la piel de la planta de sus pies, para los que el agua helada hace saber del respeto del agua helada, para ellos, ese ruido ya no es invisible, es el canto del alma del río.

Pelusa se babea durante la faena. Sabe de su premio seguro por perro amigo. Sin embargo, hoy Pelusa olfatea que algo anda raro. Ya las tripas fueron apartadas, pero nada le ha sido ofrecido.

Quien faena es Pedro, su Pedro. Con respeto y destreza prepara a los cabritos para la fiesta de bienvenida de su hermano, que regresa a La Puerta después de tres años en Buenos Aires.

Pedro es experto en el arte de faenar, pero supo hace unos días sobre el misterio de las bolsitas de agua, esas simpáticas y al parecer inofensivas estructuras que suelen aparecer entre las tripas del animal faenado.

Lejos de esa inocencia están las tiernas bolsitas. Pedro ahora sabe que si Pelusa se come una bolsa de agua enredada entre las achuras crudas, se le explota adentro y de ella salen los gusanos.

Pelusa ni se entera, pero en su interior los gusanos crecen y se reproducen.

Pelusa ni se entera, pero de él se liberan unos huevos invisibles que pueden resistir una eternidad en la tierra.

Pelusa ni se entera, pero si Pedro se come sin querer un huevo, quizás le nazcan bolsas de agua en el pulmón, en el hígado o el corazón.

Y si esas bolsas crecen o se revientan, Pelusa se puede quedar, sin querer, sin su premio por perro amigo. Y sin Pedro, su Pedro.

Uno camina sabiendo que está muy bien acompañado. Tan chiquita y tan conocedora, María guía ese camino incierto, el que tantas veces hizo cuando era una nena, tal vez aferrada a alguna mano adulta. Planificamos venir a la ciénaga porque, en la lógica parasitológica, si encontramos a la hoja de coca, también es posible encontrar a su caracol. Provistos de lo poco que tenemos, lo intentamos. Pensamos en una media como red y soporte, hay que sujetarla y dejarla flamear en las aguas del río abajo. Son aguas tranquilas, claras, con un ruido de choque de piedra que te hace dormir. Son aguas que mojan al berro a su paso, mucho berro, mucho berro verde. Otra vez, la lógica parasitológica de la hoja de coca. Si está el berro y su agua, es todavía más posible encontrar a su caracol. Entonces, nos sentamos y esperamos, cada tanto pispeando la media. Sabemos, por la misma lógica, que el caracol es chiquito, tanto que es difícil verlo de reojo. Eso no alcanza, hay que disponerse a buscarlo. Lo mismo que charlamos con los estudiantes cuando nos sentamos frente al microscopio, no es de pasadita, no es con un solo ojo, como quien se saca un estorbo de encima; es justamente con la decisión, la serenidad y la paciencia con la que nos arrodillamos a orillas de la ciénaga a buscar al caracol.

La espera será larga, con mate cebado que calma, con un cielo gris plomizo que amenaza tormenta. María se ríe y sus dientes blanquísimos nos iluminan la espera, ella sabe que vale la pena, que si no es

hoy será mañana, ¿qué más?, si el agua no va a dejar de pasar cerro abajo, si el berro bañado seguirá en su lugar igual que hoy, si su templanza y sus tiempos seguirán intactos. La paciencia del que conoce y la ansiedad del que busca.

Angélica se metió en el corral a una hora inusual, bastante más tarde del regreso del primer pastoreo, pero mucho más temprano que el horario del segundo. Se paró en el medio y lo recorrió con la mirada, mientras las cabras caminaban en círculos. Las observaba con dulzura, pero no quería que la cosa le llevara tanto tiempo porque el calor se sentía pesado; era casi el mediodía y con el sol tan arriba no había mucha chance de resguardo. Por fin encontró, entre las cabras que iban más aceleradas, a la que llevaba en la oreja la caravana número 38. Caminó hacia ella, tranquila pero con determinación. La cabra pareció entenderlo todo y se quedó inmóvil, como esperando el inevitable encuentro. Angélica se arrodilló y le envolvió el cuello con sus dos manos, un poco acariciando, un poco buscando la vena. Mientras tanto se miraban a los ojos, con la templanza de quienes se conocen de verdad. La cabra sintió el calor de las manos entre su pelaje marrón, eso la tranquilizó. Eso siempre la tranquilizaba. Angélica le sonrió y la cabra pareció sonreír también, sin ningún síntoma de nerviosismo. La cabra ni siquiera notó al filo entrando en sentido paralelo a su cuello. La sangre brotó rápidamente, señal de un movimiento exacto.

Angélica - o la Angelita, como le decían - sacó la jeringa, le puso el algodón al cuello y sostuvo un momento, después se levantó y traspasó la sangre al pequeño tubo que iría para el laboratorio. Había que ver si ese aborto de la cabra con la caravana 38 había sido causado por

ese parásito miniatura que se contagiaba de la caca del gato - que pobrecitos no tenían la culpa -, y que también era peligroso para las mujeres embarazadas. Ella se había convertido en una maestra y referente de salud en el valle, se movía entre las comunidades tomando las muestras de sangre y compartiendo sus saberes, que eran un poco de acá y un poco de allá... *A nosotras nos puede pasar lo mismo que a las cabras....*

Angélica caminó, aprendió y enseñó, hasta que sus ojos se cansaron y no pudieron distinguir más entre el día y la noche.

Una tarde, ya ciega, fue hasta el corral y se paró en el medio. Las cabras empezaron a caminar en círculos. Todas las cabras del valle caminaron esa tarde en círculos, en sincronía. Angélica se sorprendió cuando notó, de repente, que estaba viendo de nuevo, con total nitidez. Las cabras caminaban a su alrededor y sus ojos renacían y la dejaban observar todo una vez más, con la más innegable claridad. Envuelta en el milagro, se arrodilló y las cabras se le fueron acercando. Los animales avanzaron y se frenaron a unos pocos centímetros de ella. Se miraron, y en ese último segundo, las cabras dejaron que la Angelita les envuelva sus cuellos para que pudiera sentir entre sus manos el pelaje.

Las vacas de Abel bajan solamente uno o dos meses al año, para las fiestas y la vacunación. Después viven arriba, sobre el lomo de los cerros. No conocen la sensación del contacto con el acero de los alambres de púas.

Ahí arriba las vacas se mueven mucho, caminan buscando el pasto más sabroso y los chorrillos de agua. De vez en cuando les toca correr o plantarse para escapar del cóndor o del león, que nunca dejan de pulular, sobre todo en época de terneros. Se dice también, que a eso de las cinco de la tarde, las vacas en Luracatao se paran de frente al sol y cierran los ojos para dejarse acariciar por sus manos.

Abel sube cada una o dos semanas, a ver si todo anda bien. Nunca va solo, siempre lo acompaña como mínimo un perro. Va y vuelve en el día, calculando bien los tiempos para que no se haga de noche en la bajada, porque se pone fiero la pendiente. Abel tampoco sabe mucho de alambrados, que son caso perdido en el Valle. Allá, el único alambrado con cartel de *Prohibido pasar, propiedad privada* está en el límite imaginario que da comienzo a la estancia del patrón.

Al caminar con Abel, pienso en los alambrados y re-descubro su lenguaje. Los alambrados nos recuerdan en silencio que ya no se puede salir a caminar sin estar atentos. Entre tanto alambre alrededor, todo el día, todo el tiempo, me sorprende de su importancia como símbolo. Y me aparecen preguntas, y me desespera pensar cómo

pude llegar a sentirme raro caminando con Abel por un sendero entre las piedras, yendo a ver si todo va bien por allá arriba.

Una vaca del valle despertó en los corrales pampeanos.

Se sintió seducida por la seguridad de que no haya león ni pájaro cazador al acecho. Se volvió adicta al mejunje que aparecía fácil en los comederos. Se copió de sus compañeras, que sacaban la cabeza por entre los alambres varias veces al día. Dejó de caminar por la falta de espacio, y de tener historias para contar, por falta de caminos.

Una vaca bonaerense se despertó en el margen del cielo.

Se sintió perdida, sus compañeras tenían cuernos y eso no existe. Se le dieron vuelta los ojos cuando sintió la textura del pasto, se le erizaron los pelos con el frío de los chorrillos. Tembló entera de miedo acurrucada por las noches, entre los avisos de peligro y los cachetazos del viento. Caminó en línea recta hasta que no tuvo aliento, se rio sin razón, parecía una loca.

Luego las dos vacas se durmieron. Despertaron en sus lugares. Les contaron a sus amigas del sueño. Se rieron todas juntas de semejante desvarío.

Adentro de la nariz pasan muchas cosas. Si pensamos en su función, lo primero que seguramente se nos viene a la cabeza es su rol como canal de entrada y salida del aire que respiramos. Pero allí no solo entra y sale el aire, también se calienta y se humedece antes de continuar su camino. Además, ahí se produce el moco, que puede ser a veces un poco molesto, pero que actúa como una barrera protectora de esos elementos sospechosos que nos llegan flotando. Para sumarle mística a la nariz, ahí también están unas células que se llaman neuronas receptoras olfativas. Como su nombre lo indica, son las que nos permiten sentir el olor rico a pan recién horneado y a pasto mojado.

Desaprovechar el microclima que se genera adentro de la nariz sería una picardía, y eso bien lo saben las moscas de la carcoma. Las larvas de estas moscas nacen y quedan apoyadas sobre los cuerpos de sus madres. Entonces ellas vuelan descontroladas buscando una guarida que cumpla con las condiciones ideales para que sus hijas crezcan con tranquilidad. Y nada es mejor que una buena nariz. En la entrada, las moscas de la carcoma dejan a sus larvas, que se arrastran hacia el interior seducidas por el calorcito y la humedad. Las principales anfitrionas de estas larvas, siempre en contra de su voluntad, son las ovejas. Sin embargo, ni las cabras ni los humanos quedamos al margen de la posibilidad. En su nueva casa, las larvas crecen como gusanos, hasta sentirse lo suficientemente fuertes como para dejarse caer al suelo y envolverse en su capullo, antes de estar listas para volar.

La sola idea de imaginar a una nariz habitada por gusanos de moscas es un delirio. Los gusanos van saciando su voracidad al carcomer las paredes y sus alrededores; y si por alguna razón logran acceder al cerebro, las ovejas, las cabras o las personas tienden a perder la cordura. Y entonces la nariz, aparte de cobijo, barrera y canal, se transforma también en portal hacia la irremediable locura.

Entre tanto ir y venir, entre tanto pensar y viajar, se van abriendo sentidos que llevan a otros mundos, muchos de ellos desconocidos o impensados, pero tan nítidos que se revelan reales desde el primer minuto. Entonces, esos sentidos se asientan, se conciben propios y dueños de una verdad. Ya son constitutivos de un ser. Ahora, clamorosos y auténticos comienzan a envejecer, tal vez empiezan a dar paso a otros sentidos que entre tanto ir y venir, entre tanto pensar y viajar, completan un ciclo. Como la vida del parásito, que es colectiva y nunca individual, que da forma a algo para transformarse en otra, que seguramente no ha tomado un único camino, que lo ha cambiado, que ha probado si es por acá o es por allá. Que de tanto andar ha envejecido, que ya es otro y, a modo de ciclo, da inicio a uno nuevo. Me quedo pensando en los nuevos sentidos y el parásito, en su vida y las ganas de ser. Tal vez las mismas ganas que forjan un sentido, tal vez las mismas pruebas y errores que hacen sentido. Me gusta.

Alguien, no alcanzo a ver quién, me ofrece pasar. Tantos arrebatos de palabras confunden. Me cuesta entender las frases en español con tilde calchaquí y sé que algo parecido sucede al oído del cerro con mi decir urbano y altisonante. Pero de a poco nos vamos acostumbrando. Las voces del valle suenan apagadas en comparación a mi forma, pero no es que sean menos nítidas, es que son delicadas. Ahora ya nos vemos las caras, estamos sentados en bancos de madera en el patio de la casa de Amalia y José. Comprendo que la voz que me ofrece su casa es la de Amalia y la mano que extiende la taza de mate es la de José. Me presento, nos presentamos, nos miramos. Rompo el hielo con un comentario simplón, del cual me arrepiento casi en el mismo momento. Me recompongo y reacomodo mi cuerpo en el banco de madera para comenzar con la encuesta escrita. Hago la primera pregunta, ya no recuerdo cual es. Escucho atento la respuesta de José, que tomó la iniciativa, acompañada con algunos ademanes y movimientos de cabeza de Amalia. Presto atención, tomo nota de todo lo que escucho y creo entender, no sin antes volver a mirar a los ojos. Necesito sentir que al menos tengo la aprobación visual para escribir lo que escribo. José apoya sus dos manos en el bastón de rama gruesa, de la misma rama que ayer vimos llevaba esa doña encorvada que cruzaba el río acompañando a sus cabras. Vuelvo. Trato de concentrarme. Hago la siguiente pregunta y reconozco en las manos hue-

sudas de José las de mi abuelo, pienso en su infancia en Santiago del Estero, pienso que, durante la gobernación de Tucumán en el 1600, Santiago era la ciudad más vieja. Vuelvo. Hago la siguiente pregunta y sigo escribiendo. José tiene la misma nariz que mi abuelo, el mismo corte de cara, alargada y hachada, y el mismo color de piel que en la libreta de enrolamiento de mi abuelo ponía trigueña, de chico pensaba si trigueña venía de trigo y qué tenía que ver la piel de mi abuelo con el amarillo. Sigo preguntado, y mi vista va directo de las manos a la cara de José. En una ida y vuelta, estoy tratando de conocer y de reconocer que mi abuelo también usaba bastón de esos de ciudad, de madera lustrosa y mango con ondas. Me doy cuenta de que apoyaba las manos, una sobre otra, de la misma manera que lo hace José en su bastón de valle. Mi abuelo tenía un movimiento de manos particular. Cuando hablaba, él giraba su dedo pulgar sobre su otro pulgar, acompañando la charla, y cuando le tocaba el turno a su interlocutor, hacía lo mismo pero en sentido contrario. Yo lo miraba maravillado por su habilidad, independientemente de lo que estaba diciendo en su conversación de adulto que, por otra parte, seguramente yo no entendía. Pienso que estoy haciendo lo mismo con las manos de José. Me pierdo. Se que ahora tampoco entiendo. Trato de retomar la encuesta, es fundamental para este trabajo de investigación, pero ¿qué estamos diciendo, de qué estamos hablando? Me pierdo. Vuelvo. Mi abuelo. José.

Uno piensa que la cosa es ir y hacer. Como tantas veces es planificar, ir y hacer. Como tantas otras, es planificar, ir, hacer y tener resultados. Y como tantas otras más, y cuando es posible, es planificar, ir, hacer, tener resultados y comunicarlos. Pero lo que uno no sabe es que cuando la cosa atraviesa, o cuando uno se deja atravesar, la cosa no es tan, tan, tan así.

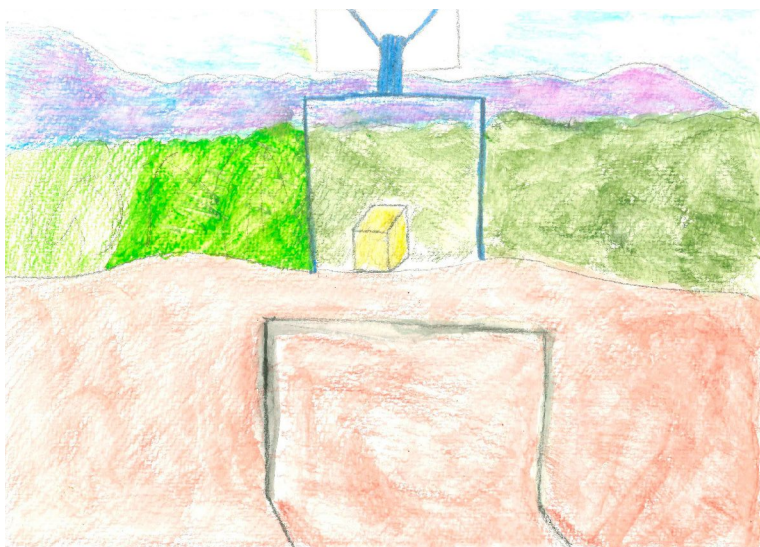














“Veo, en mí, al anciano que esperando el regreso
de las mariposas habita los días de su infancia
No me preguntes la edad -me dice- y estaré contento
¿para qué pronunciar lo que no existe?
En la energía de la memoria la Tierra vive
y en ella la sangre de los Antepasados
¿Comprenderás, comprenderás por qué -dice-
aún deseo soñar en este Valle?”

Elicura Chihuailaf

Coquena se mueve como una ráfaga de viento blanco. Su trote es el mismo que el de las llamas y los guanacos, a quienes él protege incansablemente desde que la puna es puna, mucho antes de la lógica de la guerra. Coquena castiga a quienes osan maltratar a los animales que habitan esta parte del mundo. Su silbido despedaza los tímpanos de quienes cazan por diversión, los deja sordos y a la deriva.

Coquena viste de camiseta y pequeñas ojotas. A su sombrero y su poncho de vicuña los deja sobre una apacheta. Sus amigos son los hijos de los pastores, en quienes él confía. Coquena aparece por Alumbre con mayor frecuencia de lo que dicen las historias; pide un pase, pateo la pelota y se abraza con ternura después de cada gol. Entregarse al juego es parte de su naturaleza, un rasgo de su eterna infancia. Cuando a sus amigos les llega el cansancio, se tiran todos juntos al piso boca arriba y juegan a llenarse de pasto. Coquena les cuenta secretos y les canta canciones. Los otros niños se van quedando dormidos, lo mismo el sol, va perdiendo su fuerza. Coquena se escabulle con ternura, se pone su poncho y su sombrero, y ya desde un poco más arriba se vuelve para mirar a sus amigos. Termina con un silbido, que no es el mismo que usa para los cazadores. Es una melodía caricia, la misma que le regala a las llamas y a los guanacos, la misma que le fue entregada a él por su madre puna, mucho antes de la lógica de la guerra.

Don Pedro me dice que su hijo es abogado y ya no vive en el Valle. Con tristeza y alegría me habla del progreso, de la vida de su hijo en la ciudad, y también me cuenta qué hará con todo lo que tiene para decir. Cómo se trabaja el pimiento. Cómo se sabe en qué tiempo es el mejor momento para la cosecha. Cómo se siente la piel del pimiento en la piel de sus manos. Me cuenta lo que su abuelo le contó a su padre y lo que su padre y su abuelo le contaron a él. Me mira y piensa... me mira y piensa, y sus ojos se llenan de lágrimas.

El tiempo vuela cuando las cosas alrededor nuestro vuelan. Pero si las cosas aceptan su irremediable condición de fugacidad, el tiempo planea. Como el cóndor, que en la calma del aire espera a ser elevado por el cielo, cuando este se sienta listo, para renovar la imagen del ave por encima del mundo.

Y la gente se emociona y descubre que detenerse a observar al cóndor es agarrar al tiempo por las patas, pintarle los labios, hacerle cosquillas. Recordarle que está vivo.

Sobre la pendiente del cerro se puede ver, incluso desde lejos, a un montón de piedras pintadas de blanco que están ordenadas formando la frase Buena Esperanza. En ese punto del camino hay una bifurcación, para un lado se llega a la comunidad que lleva ese nombre, en donde viven unas cuantas familias. Para el otro se llega al cementerio, que reúne a varias de las comunidades del Valle. Por lo general por esa zona pasan pocos vehículos, están los que se cruzan y se saludan todos los días en los horarios de inicio y finalización del colegio, y también el colectivo que dos veces a la semana sube hasta La Sala, la comunidad que está un poco más arriba.

Pero cada 2 de noviembre hay un escenario que es muy diferente. Ese día, la fila de vehículos que circulan camino a la bifurcación parece no tener fin. Las camionetas y los autos pasan cargados muy por encima de su capacidad máxima, llevando personas, comida, sillas y flores. Las motos también bajan y suben, algunas llevando hasta cuatro personas que se van sosteniendo las unas a las otras. Otra porción de gente se mueve caminando, por el tramo completo o hasta que algún móvil con algún hueco les permite subir y amontonarse.

El 2 de noviembre es un día muy importante para todos, es el día de todos los santos, el día en que las personas se acercan al cementerio para celebrar y recibir la visita de familiares y amigos que son las almitas del Valle. A medida que las personas van llegando, se dirigen directamente al lugar en donde están sus seres queridos. Allí les ador-

nan sus lugarcitos con coronas coloridas y ramos de flores de papel. El contraste que se genera entre el decorado, el tono amarronado del suelo y las montañas parece de fantasía. Según el gusto de cada almita, sobre los nichos se pueden encontrar, entre otras cosas, pulseras, vasos con chicha o cerveza, cigarros, fotos u hojas de coca. El detalle común a casi todos son las velas encendidas y los mensajes escritos en donde conviven el amor y la nostalgia. Quien también asiste es el sacerdote de la comunidad más cercana, y comparte una misa desde la sombra del molle que está en una de las esquinas del recinto.

Al terminar la misa, llega la hora del almuerzo. En los alrededores del cementerio se monta una verdadera fiesta, las diferentes familias arman toldos que son reparo ante la fuerza despiadada del sol y la extrema sequía que caracteriza a esa época del año. Hay diferentes carpas que venden golosinas, frutas, empanadillas y cervezas. También está el auto de los helados, con un megáfono en el techo que no para de sonar y los potes de tres gustos adentro de conservadoras que a su vez están adentro del baúl. En algunas carpas suena música festiva, en otras predominan las anécdotas. La dinámica más común es la de comida a la canasta, en donde cada familia lleva ollas o bandejas que se dejan en el centro de las rondas y desde donde cualquiera puede servirse y probar. Desde adentro del recinto del cementerio se deslizan ventiscas, que son las risas y los chismes de las almitas. Ese viento se mueve en forma circular, haciendo que las rondas se hagan mucho más grandes, y eso no se puede ver, pero se puede sentir. Hay momentos de silencio, que son los espacios de escucha a esas manifestaciones que llegan desde ese otro lado.

El 2 de noviembre es una ocasión para la comunión de todas las partes de la vida, con abuelos volviendo y con niños jugando entre los toldos. Durante el día de los santos se evaporan los límites entre la risa y el llanto, entre la pena y el júbilo. Y se vuelve nítido el sentimiento de hogar, desde la tierra o desde el aire, en un cementerio que está rodeado de cardones milenarios, sobre unos de los caminos que surgen de una bifurcación.

Juan piensa que la historia se repite, tal vez que así tenga que ser. Al igual que el cardón y el pájaro carpintero, que son amigos y luego se desconocen, Juan sabe que en un tiempo será amigo de los españoles y también sabe que en otros tiempos no lo será. Juan sabe y acepta. Al igual que el río que baña estas tierras, Juan sabe que él es calchaquí. Y los españoles, españoles.

Doña Carmen está emocionada. Y como para no estarlo. Todos sus hijos se han juntado en su casa de Cuchiyaco, algo que hacía mucho tiempo no sucedía. Es que ahora ellos viven lejos y no es fácil venir, ella entiende. Pero hoy sí, se han puesto de acuerdo y se han juntado para prepararle a doña Carmen sus empanadas favoritas. Han cocinado varias docenas, para compartir en familia y con la comunidad, que también es familia. Qué delicia escuchar nuevamente el crujir del barro del horno de afuera. Ver el humo salir por su chimenea angostita es puro poema para doña Carmen. En el mismo horno, Mariana le ha amasado pan ¡Cómo se extrañaba por las habitaciones de la casa ese olor a pan recién horneado! Adentro, Javier ha dejado listo el anchi con los pelones y el maíz. Siempre le ha salido inigualable, y eso es algo que nadie en todo Cuchiyaco puede negar. También le han traído tabaco del rico, ese que cuesta tanto conseguir y que es perfecto para relajarse por las noches. Hasta las cabras, que son sus cabras, se han acercado a la casa para oler el perfume generado por tan lindo alboroto. ¡Qué gran regalo para doña Carmen! Toda esa fiesta, esas comidas y esas flores. La abrazan y la besan por toda la casa, le dicen cuánto la aman, ¡como si ella lo fuera a olvidar!

Doña Carmen siente el regocijo y los abraza a todos, porque ella es cada rincón de la casa, cada murmurar del valle. Es una almita nueva, que por primera vez le toca volver a su casa en forma de brisa

fresca. Su cara sonríe desde la foto apoyada sobre la virgencita. Sus bromas resuenan vivas en la memoria de sus hijos, que lloran y ríen, todo al mismo tiempo. Doña Carmen amontona esas lágrimas y se llena el pecho que ahora son los cerros, se llena los ojos que ahora son estrellas. Y cuando llega la hora, se vuelve al cielo, usando la escalera que le hizo Mariana. La escalera de pan.

Los cerros son los mismos cerros de antes. Nosotros vamos, venimos, volvemos con otros, volvemos con otras. Vamos con otros más. Volvemos los mismos que ya no somos los mismos. Somos otros. Somos otras. Los cerros son los mismos cerros de antes. Los cerros, son los mismos cerros de siempre.

Cóndor Huasi es la comunidad del valle de Luracatao que está más cerca del cielo. Para llegar, hay que surcar algunas ramificaciones del río y entregarse a las artimañas de la altura. Yendo en aquella dirección, después de pasar Alumbre, el camino poco a poco se va desdibujando, hasta que solo algunas piedras y las huellas del pasto hacen de guía.

La traducción al español del quechua Cóndor Huasi es “La Casa del Cóndor”, un nombre que tiene toda la razón de ser: en ese remoto rincón del mundo, los más grandes pájaros brotan de los chorrillos del deshielo. El viento va amalgamando a esas partículas sin nombre hasta darles forma de plumas y huesos. La luz solar resbala por entre la tierra suelta y las piedras, y todo ese rejunte se condensa en forma de tintas que le dan el color oscuro. El cuello y los extremos de las alas quedan reservados para la nieve de los picos de las montañas. Las aves nacen de un molde antiguo y desde ahí pueden tener un panorama de toda la tierra, con sus dulzores y sus penurias.

Pero en Cóndor Huasi no solo viven los pájaros. Allí también habitan cinco familias humanas, que protegen desde hace milenios el secreto y que son las guardianas de todo el Valle. Bianca vive en la casa que está más pegada a la luna, y no por casualidad. Ella es la encargada de tejer las cunas de las aves. Para eso, usa la misma puchicana que heredó de su abuela, quien también la heredó de su abuela

y así hasta quién sabe dónde. Cuando su alquimia es requerida, cinco cóndores planean en círculos contiguos justo encima de su casa. A Bianca le divierte este ritual, ella cree que los cóndores a veces son demasiado ceremoniosos. Bianca sale al patio (si es que no anda por ahí afuera, merodeando entre las cabras y ovejas) y simplemente con mirar hacia arriba les da a entender a las aves que su requerimiento será solventado. Bianca entra a su casa y se pone manos a la obra; aunque aún le queda un pilón de lana de llama, ella mira a la materia prima algo preocupada. Se viene el verano, y con ello el deshielo, y con ello la furia del río, y con ello muchos cóndores nuevos, paridos del vientre infinito del Cóndor Huasi.

Los relámpagos parecen una burla del cielo. Ya nadie espera que aquello signifique el devenir de algún chaparrón, por eso las personas ni siquiera se acercan por las ventanas a ver esas luces que son como un estruendo divino. Pareciera que vienen de algún lugar distante, y que al llegar al valle rebotan contra la espalda protectora de las montañas. Pero tampoco debe ser tan así, a las montañas les queda lindo el verde, entonces, si fuera por ellas, dejarían pasar más seguido a las nubes para que descarguen sus bolsillos. Será simplemente capricho del cielo, que se sabe de hermosura incomparable cuando revienta de blanco el horizonte. O será que el agua se niega a las condiciones del patrón, que de compuerta en compuerta en su oasis disfruta. Sea por lo que sea, al pueblo siempre lo mismo: esperar entre la polvareda a que lleguen las lluvias de diciembre.

Desde las ciudades, las personas hacen escapaditas, cuando les da la nafta y el tiempo. Escapar un rato hacia los pies de algunas sierras o hacia las orillas de algún río es un acto de salud. A desconectar como dicen algunos, aunque el concepto sea medio tramposo.

¿Hacia dónde se hace una escapadita quien todas las mañanas se toma el mate con la cadencia del canto del zorzal, el apremio del ordeño y la urgencia del agua?

Hay mucho de cultural en el encierro.

Son los 70 años de Ricardo y los 75 de Magnolia. Nacieron con cinco años de diferencia, pero casi el mismo día. Desde que se conocieron y nunca más se separaron, Ricardo y Magnolia festejan juntos. Les encanta celebrarse en compañía de sus seres queridos y de quien quiera acercarse a la fiesta, porque, como en cada festejo de sus cumpleaños, no hace falta hacer ni enviar invitaciones: todo el mundo se sabe invitado. Se trabaja desde temprano para acomodar el lugar de la fiesta, que es el predio pequeño pegado a la cancha de fútbol de Ferro, equipo del cual los cumpleaños son hinchas. Hay que ubicar los tabloneros y las sillas, los manteles y los platos. A medida que se suman manos a colaborar, se van llenando las palanganas de perejilada y las parrillas de cabritos, chorizos y asado. Unas empanadas de carne y de queso llegan ya armadas, y quedan ahí listas para la entrada.

Cuando todo el mundo está ubicado, Ricardo y Magnolia entran. Son presentados por un locutor simpático que tiene una típica voz de radio de madrugada y un sentido del humor picaresco, con el *timing* justo para disparar comentarios que hacen reír y emocionar a los presentes. Todos los años se vive el cumpleaños con la misma intensidad, nunca como uno más, siempre como si fuera el primero, o como si fuera el último. Hay un escenario, que no está elevado ni tiene ningún elemento que funcione de perímetro. Ahí, Ricardo y Magnolia dan su discurso, casi idéntico cada año, siempre único. Agradecen a todos los asistentes, y reciben con emoción las palabras de sus hijos,

que también por lo general se repiten; incluso los regalos, que suelen ser pasajes para que Ricardo y Magnolia viajen a la Capital a pasar las fiestas con sus nietos. Luego se apagan todas las luces, pero como arriba la luna brilla, hay cierta claridad que permanece. Una de las hijas enciende las velas de una torta corpulenta y se arranca con la canción del “cumpleaños feliz”, cuatro veces, dos veces para cada uno. Mientras tanto, sobre el mismo escenario, la orquesta de cumbia carpera de La Laguna “Locura Luracatao”, prepara los bártulos y prueba el sonido. Por momentos el teclado intenta con timidez acompañar armónicamente al cumpleaños feliz, pero se le hace difícil pegarle al tono, con tantas voces cantando juntas. A medida que se van apagando los aplausos, el mismo teclado - ahora sin pudor, al contrario -, lanza las primeras notas al aire *La, do mi la, do mi la....* Esa es la señal de que la siguiente fase de la celebración está a punto de arrancar, como cada año, nunca y siempre igual. La cumbia carpera empieza a mostrar su poder y lo hará hasta que el predio quede vacío. Toda la emotividad de los discursos de Ricardo y Magnolia y sus familias, y de los comentarios del presentador, parecen desintegrarse entre una nube que empieza a ascender del suelo como polvo mágico, a medida que la multitud sale despedida de sus sillas. Por la entrada del predio empiezan a llegar otras personas de todas las edades que parecían estar esperando la señal del teclado. De algún lugar inexplicable florece una cantidad exagerada de vinos con gaseosas y hielo. Las mesas se mueven solas para los rincones, temiendo ser arrolladas. La luna, de repente, parece reflejar colores nuevos. Locura Luracatao desata al hechizo. Ricardo y Magnolia también son arrastrados a la pista, bailan unas cuantas canciones, pero ya desprendidos del protagonismo. Ahora son solo dos más en el ritual de la danza.

Cuando a Ricardo y Magnolia les llega el cansancio, que cada año es un poco más temprano, ni siquiera hace falta que saluden, alzan sus abrigo y se van a su casa. Se van tranquilos y contentos, porque saben que seguirá el encantamiento hasta que el sol encandile. Como cada año, como si fuera, siempre, el inicio y el final de algo.

El cardón está firme, ahí se mantiene erguido, aun cuando sus profundas heridas le hacen derramar sus jugos. Aun cuando ya no hay flor ni pasacana, él está en pie y sigue cuidando del cerro.

Hasta que un día, mucho tiempo después, cuando sabe y se asegura que su enseñanza llegó a los cardones más pequeños, decide caer y permanecer en su tierra.

Luciano sale todas las noches a mirar el cielo, es su ritual previo a meterse en la cama. La Sala es un sitio de privilegio para encontrarse con las formas de las estrellas. Las casas están dispuestas en forma salpicada a lo largo y ancho del trayecto que va desde el río hacia la cima de las montañas. Cada casa es un palco extraordinario. Luciano se queda contemplando en silencio, abrigado de una melancolía que no parece propia de un niño. Yo lo miro con cierto asombro pero aún más emocionado. Me mira y me pregunta si me gusta el cielo. Yo le digo que sí, que me parece maravilloso, le agradezco y le pregunto de qué se imagina que están hechas las estrellas. Pero de embalado no lo dejo responder, y aprovecho para contarle que una amiga que estudia el cielo y las galaxias me ha enseñado que las estrellas están súper lejos, y que de hecho algunas que vemos ya no existen más.

Luciano no responde nada y está de nuevo mirando hacia el espacio, pero hay algo en su gesto que me dice que me ha escuchado con atención. Se pone a cantar bajito, murmura una canción que no entiendo pero que me llega como un mimo. *Esa canción me la enseñó mi abuelo*, me dice, *se llama Río no llores, es en lengua cacán*.

Después señala a una pequeña estrella que da de frente a su casa. *Mi mamá me contó que esa es mi abuelo, y a mí me gusta venir a saludarlo antes de dormir*.

Pedro Bohorquez era un impostor, no cabían dudas. Ningún inca podía tomar cuerpo de español para volver a estas tierras calchaquíes. ¿Y si el engaño hubiese sido al revés? ¿y si Juan hubiera dejado su legado a Bohorquez para distraer a los españoles y volver a dar la fuerza necesaria a los habitantes del valle? La historia dice que Pedro Bohorquez se autoproclamó el heredero del rey inca que venía a liberar al pueblo del yugo español. Otra vez, y cuantas veces más, la duda invadió al valle, y más todavía, la duda llegó a tierras españolas. Si hasta el gobernador y los jesuitas creyeron ver en Pedro una posibilidad, los unos por el dominio de la tierra y el oro, los otros por la conversión a la vida del dios todopoderoso y el alejamiento de lo salvaje.

Ha pasado mucho con los pueblos indígenas con el objetivo de ocupar territorio. Ciencia y emprendedores pensaban...piensan que está desaprovechado por salvajes. Por eso había que convertir al otro en un ser insignificante, sin historia, sin pensamiento, sin cultura. O sea, como veían a la naturaleza, algo inútil o desperdiciado si no hay algún tipo de explotación⁵.

La frase se repite y hasta cansa, pero es así. La historia se repite, cambia de color, de tierra y de protagonistas, pero el poder como objetivo y el engaño como herramienta persisten.

5 Párrafo extraído de la obra de teatro "Un Extranjero", de Beatriz Catani.

Pateo las piedras, levanto polvo, me siento en las orillas del río y pongo la palma de mi mano en contacto con el agua helada, creo que esa intimidad me dará la posibilidad de saber, de entender, la necesidad de la certeza. ¿Y si no es así?, ¿y si solo es estar? Tal vez ahora yo soy el hombre engañado.

A estas alturas es fundamental mascar coca, taparse la boca, la nariz y soplar.

La ciencia no puede permitir que se le tapen más los oídos.

Armonía con la tierra y sus ciclos, y equilibrio con los demás seres son la clave del buen vivir para las comunidades del Valle de Luracatao, y creo que también para las demás. Tal vez el paso previo a esa armonía y ese equilibrio tan necesarios, es el conocimiento. Este cruce entre literatura y ciencia se nos ofrece como un lugar perfecto de encuentro para conocernos y acercarnos al buen vivir.

Alejandra Kamiya

El Valle de Luracatao se abre ante la palabra. Este lado del río es un libro que se presenta como la narración de experiencias pero ofrece una experiencia en sí misma la narración. Hay un foco puesto en la mirada del que llega, pero al llegar ya es parte, porque se deja ser de piel madera y queso cuajado y sequía. Cada tanto, la frontera se enuncia: mate en taza o mate cebado; microscopio o niña cabra; laboratorio o Coquena.

Cada tanto, el encuentro: el bastón de José y el del abuelo. Juan y Bruno nos ponen frente a su propia búsqueda, su propia mirada y, de algún modo, con la lectura somos con ellos. Somos ahí, somos así. Somos parte.

Paula Tomassoni